

# XI.

## XI. “LA VISTA DEL CIEGO”

---

*Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: “Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?” Respondió: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios.” Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. “Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.” Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: “Vete, lávate en la piscina de Siloé” (que quiere decir Enviado). Él fue, se lavó y volvió ya viendo. (Jn. 9, 1-7)*

---

Juan describe ampliamente la lucha de Jesucristo, para iluminar a los judíos de Jerusalén acerca de su ministerio. “Yo soy la luz del mundo.” (Jn. 6, 48) No era una declaración fácil de aceptar. Sólo una fe humilde podría abrir brecha en los corazones de los escribas, sacerdotes y miembros del Sanedrín que les acercará al anuncio del reino. Esto suponía reconocer en Jesús la presencia del Mesías y su carácter divino, como autor de una nueva alianza. Ninguno de estos supuestos era aceptable para la burocracia politizada de las autoridades religiosas de Israel. Cuánto más abiertamente anunciaba Jesús su misión y su relación con el Padre, tanto más violenta crecía la hostilidad y el deseo de eliminarlo físicamente. En este capítulo de San Juan la filiación divina era anunciada sin velos.

Por una parte, la iluminación de sus palabras; por otra, el oscurecerse de la inteligencia tradicional que la rechazaba. “Yo me voy y vosotros me buscaréis y moriréis en vuestro pecado.” (Jn. 8, 21) El desafío era alarmante. Era un desafío a su carencia de fe. Sólo un corazón abierto a la fe podía aceptar esta palabra. “Si no creéis que Yo Soy, moriréis en vuestros pecados.” (Jn. 8, 24) Las pruebas que daba eran sus obras, obras que sólo Dios podía realizar. Al referirse a sus obras, atrajo las simpatías de muchos. “No hago nada por mi propia cuenta.” Las obras de curación, de amor, de comunicación, despertaban en ellos la intuición inmediata de la divinidad. “Y muchos creyeron en Él.” (Jn. 8, 30)

Pero la religión oficial se obstinaba en no reconocerle. “¿Por qué no podéis escuchar mi palabra? Si digo la verdad ¿por qué no me creéis?” (Jn. 8, 43) La tensión con las autoridades había alcanzado niveles de ebullición. Al rechazar la fe, cualquier afirmación de Jesús se volvía incomprensible y hasta blasfema. En tal atmósfera, de una dialéctica encendida, Jesús realizó uno de sus milagros más clamorosos: el del ciego de nacimiento. “Vio al pasar, un ciego de nacimiento.” (Jn. 9, 1) Se trataba de un personaje integrado al paisaje de la ciudad de Jerusalén. Ciego de nacimiento significaba que sus padres le habían entrenado desde su juventud a pedir la limosna en la mera entrada del templo, por lo cual todos los habitantes estables de la ciudad lo conocían. De hecho, se dirá más adelante que tenía padre y madre y era conocido por los vecinos y visitantes. “Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo.” (Jn. 9, 8)

El haber nacido ciego hacía pensar en alguna misteriosa conexión con pecados que merecieran tal castigo. De hecho, hasta los discípulos de Jesús estaban interesados en averiguar el origen de esta ceguera tan extraordinaria. La ceguera total era índice de algo tenebroso que no afectaba solamente al cuerpo; sumergía también el alma en una oscuridad pecaminosa, abandonada por Dios; una doble ceguera: material y moral. En tal circunstancia, la intervención de Jesús también tenía un doble objetivo: dar la vista a los ojos y restituir la sanidad al alma. El primer aspecto de ese milagro, no afectaba únicamente al ciego, sino a toda la imagen de este personaje ampliamente conocido por su constante presencia entre devotos y peregrinos solicitando una ayuda. El efecto del cambio, desde la ceguera a la visión, no dejaría indiferente a nadie en el ambiente, de esta particular clientela que se movía a diario, alrededor y al interior del templo. Un público de criados, guardias, vendedores, barrenderos, empleados públicos, cambistas, además de escribas, saduceos, sacerdotes y doctores de la ley.

Todos ellos ocupaban el patio de los gentiles, las aulas para enseñanza, los pórticos para asambleas y las predicaciones a los grupos de peregrinos. Todo el pequeño gran mundo de los sacrificios: destazadores de reses, ovejas y aves, ofrecidas en el gran fuego del altar central, recogedores de la sangre y de las cenizas. El ciego, por su defecto físico tenía prohibido franquear las puertas

del santuario y en su calidad de limosnero no dejaba de acudir a nadie de los asiduos visitantes. Borrada su figura, el panorama diario dejaría de ser el mismo, sacudiría como un extraño temblor las rutinas ya consagradas. Todos se extrañarían. ¿Qué le sucedió? ¿Desapareció?

Los comentarios, las preguntas de sorpresa, correrían de boca en boca y se destacaría como el autor de la maravilla, el nuevo profeta, la figura de Jesús el Nazareno. ¿Cuándo sucedió? ¿Cómo lo hizo? ¿Aquí junto al templo? ¿Qué poder tan extraordinario posee éste? ¿Será de Dios o de alguna fuerza infernal? Nadie le conoce en realidad. ¿Qué dicen de Él las autoridades? Tales discursos atravesarían las diferentes capas de la sociedad devota en Jerusalén; de criado a criado, de un peregrino a otro, de un escriba a otro, en todos los círculos de poder de la capital. Cada uno se sentiría involucrado y obligado a ofrecer su opinión de acuerdo a su nivel socioeconómico y cultural. A veces serían comunicaciones cruzadas: de amos a siervos, ordenándoles conseguir mayores informaciones; de sacerdotes a guardias, recomendándoles estricto control de sus movimientos; de escribas a doctores, buscando referencias en las Escrituras y discutiendo las opuestas interpretaciones.

Jesús conocía este mar, en aparente bonanza, pero a un pelo de alborotarse y terminar en riñas sangrientas. Los sicarios escondían sus cuchillos en los pliegues de los mantos y estarían listos a precipitarse en cualquier aglomeración de carácter religioso o político. Los soldados romanos de la Torre Antonia habían sido puestos en alerta por el Procurador Poncio Pilatos para que intervinieran a la primera señal de violencia. El fuego latía bajo las cenizas y, al primer soplo de viento, estallaría en llamas. La curación del ciego equivaldría a lanzar una pequeña piedra por la escarpada del monte. La piedra rodaría sin mucho ruido, pero otras piedras serían arrastradas y se desencadenaría una metralla de pequeños choques hasta rodar con el fragor de una avalancha. El bien se mezclaría con el mal. El escándalo sería mayor que el reconocimiento.

Otro efecto posible era todavía superior a este: una luz, de nivel superior y espiritual, debería florecer arriba de la simple recuperación de la vista física. No sólo sanar las heridas del alma, conducirla al encuentro del reino. Sí, otros buscarían la ocasión de escándalo y de odio. Este hombre encontraría una

visión en el alma y, con ella, la fe; también otros muchos serían convencidos por su testimonio. Por tanto, un doble balance. Significaría vida, por una parte, y muerte por la otra. Un manípulo de nuevos creyentes concentrados en el templo, en su calidad de instructores delegados por las autoridades y guías de peregrinos; el medio ideal para la multiplicación de la fe y la difusión del reino y, desde allí, la difusión hasta lugares y regiones extremadamente distantes. ¿No sucederá eso con el Eunuco de la Reina Candace?

Por la otra vertiente, el crecer de la gran ola de odio lo arrastraría a Él, hasta el extremo sacrificio pascual. La opción estaba entre acogida y repulsa, entre amor y odio, entre la vida y la muerte, tanto para Él mismo como para sus seguidores. “Rabbí, ¿quién pecó? ¿Él o sus padres, para que haya nacido ciego?” En sus mentes, por el antiguo prejuicio, no sólo existía una herencia genética, de malformaciones, también una herencia espiritual de culpabilidad. La respuesta de Jesús es doble: Ni él pecó, ni sus padres. En esta primera parte afirma que la tara física no es efecto de un castigo. En la segunda parte se denota un propósito oculto en la mente de Jesús: Es para que se manifieste en él la obra de Dios. Si está a punto de realizar un milagro de gran resonancia, es porque está haciendo la “obra” del Padre. “Tengo que trabajar en la obra, del que me ha enviado.” (Jn. 9, 4)

Es pues un milagro planificado, un último intento para ser reconocido como Mesías y ser recibido en el corazón mismo de Jerusalén. El ciego de nacimiento, en la mentalidad tradicional poseía una connotación mágica, como cierto tipo de locura y de deformidades. Seres monstruosos por la intervención de un poder monstruoso. No había sido adquirida por algún trauma, herida o enfermedad. Su calidad era excepcional; se originaba en las oscuras fuentes de la naturaleza. A Jesús no se le pide este milagro. Él toma la iniciativa y realiza gestos casi teatrales para no dejar ninguna duda de su poder; como hoy lo haría un brujo o un zahorin. Casi para sintonizarse con el aura misteriosa de este tipo de ceguera. “Mientras estoy en el mundo, Soy la luz del mundo.” Él es luz y da luz. Es de día y la luz irradia; vendrá la noche y la luz desaparecerá. Aunque el evangelista se vuela los detalles, se entiende claramente que no sólo vio el ciego, sino que se acercó a él.

El ciego, como otras veces, esperaba pacientemente una limosna, al escuchar las palabras entre Jesús y sus discípulos. Fue su primer contacto oral con el desconocido del que le habían contado extraordinarios relatos. Una voz, que su oído experto de ciego sabía apreciar por su sonido agradable que cautivaba y sus palabras llenas de incógnitas. En su silencio intuyó que algo grande se preparaba: ¿No ha hablado de obras de Dios? El profeta estaba muy cerca de Él; podía percibir el soplo de su aliento. “Escupió en tierra, hizo barro con la saliva y puso barro sobre los ojos del ciego.” (Jn. 9, 6) Era un extraño modo de interesarse por esta ceguera pero, pensándolo bien, los discípulos vieron que se trataba de los elementos primitivos de la creación, el barro con el que se hizo el hombre y el aliento de Dios, la saliva de su boca. Era un matrimonio entre cielo y tierra, un involucramiento de lo cósmico y de lo divino de los orígenes.

Evidentemente, no era una medicina, un linimento para suavizar la piel y mejorar la vista; al contrario, parecía una provocación, un desafío a la naturaleza cuyo poder tenía su principio en la paradoja: Dios, mundo, visión, ceguera, luz y oscuridad. La piscina de Siloé estaba al sur, debajo de la ciudadela de David, cerca de la puerta de la alfarería y recogía las aguas de la fuente de Guijón situada fuera de los muros en el valle del Cedrón. Por un acueducto subterráneo [el acueducto de Exequias] llevaba las aguas al interior del muro, para abastecer la ciudad. Era, pues, la clásica piscina de Jerusalén, esperanza en los asedios. Las aguas de Siloé tenían fama de poseer virtudes médicas. Por esto, la orden que Jesús da al ciego es todavía una orden ritual. “Y le dijo: Vete y lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir enviado).” El evangelista le asigna cierto sentido al nombre de Siloé subrayando que quiere decir enviado. El enviado era el ciego, pero más enviado era Jesús. El ciego tuvo que acudir a la piscina con una gran esperanza en el alma. Nadie en el pasado había fijado su atención en él; nadie se hacía la ilusión de poseer algún poder para el ciego de nacimiento, ni había remedio para tal enfermedad.

La orden de Jesús brotaba en él con una fuerza irresistible. El contacto había sido establecido, no sólo de palabra: Sus dedos portentosos se habían posado sobre sus ojos muertos. ¿Qué significaba? Sólo hay tres palabras para describir el cambio: “El fue, se lavó y volvió ya viendo.” El escritor sigue viendo el personaje desde fuera. La perspectiva no ha cambiado; el sujeto del cambio

no ha sido nombrado, se diría inexistente, un simple material de experimento. Nada se dice de lo que él sintió en este momento. Él sabía caminar por las calles y orientarse, pero sin verlas. ¿Qué sintió en el instante en que se hizo luz en sus ojos y las cosas tomaron color y forma? ¿Cómo sonaría ahora la palabra de Jesús, “Yo soy la luz del mundo”?, que con absoluta exactitud podría deletrearse: y doy la luz a este ciego. Al mismo tiempo en que el mundo se iluminaba delante de él, una luz profunda inundaba su mente. ¿Quién es Él? Para mí era sólo una voz dulce y fuerte que ha cambiado mi vida. ¿Cómo será Él a la vista? El ciego vidente, regresa sobre sus pasos, al lugar que para él era el lugar de siempre. Esa luz le brilló en un instante y, poco a poco, le hace ver una realidad nueva. Todos sus antiguos amigos y conocidos se extrañan en verle.

Y él se extraña de que ellos se extrañen. ¿No es lo más natural ver? Pero ellos lo conocían de ciego. ¿Cómo es que ahora ve? Ya no es la misma persona. Ahora él sonrío; los ciegos nunca sonrío, son tristes. El no dejará de sonreír, siente la felicidad de esa luz que brilla por todas partes, quiere ver a todo el mundo, conocer todas las caras. “Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba para mendigar? Es él, decían unos. No, decían otros, sino que es uno que se le parece.” (Jn. 9, 8-9) El público funciona, en este caso, como el coro de la tragedia griega: Pregunta, exclama, comenta el prodigio, expresa los sentimientos que el autor no puede describir. “Pero él decía: soy el mismo.” Apenas ha empezado a ver y ya se encuentra con el extraño problema que presenta la realidad según quien la mira. Obligado a defender su propia identidad.

Hay, pues, una continuidad discontinua. Es el mismo y no es el mismo; era ciego y ahora ve. Había salido de la noche al día, de una tumba a la claridad del sol. Siendo ciego le reconocían, como él los reconocía a ellos; ahora que ve, no le reconocen. Y seguía diciendo: “Soy el mismo de antes, el que era ciego de nacimiento.” Era el mismo aún no siendo el mismo. La luz de los ojos ilumina todo el cuerpo y el mundo nuevo que se extiende delante de uno, hasta más allá del horizonte. ¿Cómo podía él decir soy el mismo?, cuando él mismo era diferente y todos sus interlocutores eran caras nuevas. ¿Quedaría algo de los timbres de las voces en la oscuridad? ¿Ahora que sus caras brillaban a

la luz del sol y sus voces se perdían entre los ruidos de las calles? También las calles eran nuevas, las fachadas de las casas y las lozas del empedrado habían perdido esa sensación de obstáculos amenazadores.

El ciego curado se sentía él mismo, no podía negar su identidad, pero su conciencia seguía midiéndose a sí misma: En tanto soy el mismo, en tanto soy nuevo, totalmente nuevo, inmensamente nuevo. Empezó a entender que esa novedad no tendría límites y podía seguir creciendo dentro de él. ¿Qué había sucedido? Solamente le habían abierto los ojos y un mundo nuevo se había precipitado dentro de él. ¿Lo había sacudido de tal modo que hasta peligraba su propia identidad? Otros dudaban de él; ¿podría él dudar de sí mismo? ¿Podía un hombre sufrir tal transformación sólo por haberse lavado? Sabía que con sólo pasar en las aguas del mar Rojo, una tribu de Israelitas se había convertido en pueblo de Dios. Él también había obedecido a una palabra: ¡Vete y lávate! ¿Tal habría sido el poder de ese baño?

¿La blanca nube ahora guiaría sus pasos? ¿Y brillaría en la noche como una antorcha? ¿De dónde vendría ese ser nuevo que él sentía crecer dentro de sí? Estaba con el profeta Isaías: “Oirán aquel día los sordos, palabras de un libro y desde las tinieblas y desde la oscuridad los ojos de los ciegos las verán y los pobres volverán a alegrarse en Yahveh.” (Is. 29, 18-19) Esta palabra suscitaba a cada momento, nuevos ecos en su conciencia. ¿Podría alguien que no fuera Dios, operar en el alma esta nueva creación? Todavía decía Isaías: “Se verá la gloria de Yahveh, (Is. 35, 2), entonces se despegarán los ojos de los ciegos.” (Is. 35, 5) No quedaba duda: Ese milagro venía directamente de Dios. ¿Cómo referirlo al profeta que le había tocado y hablado? Los vecinos no se resignaban y regresaban al tema de la visión exterior mientras su alma estaba proyectada por completo hacia el interior de sí mismo. Le dijeron entonces: “¿Cómo pues se te han abierto los ojos?” Esta era la pregunta que se había hecho a sí mismo. El primer ímpetu, al ver la luz, lo había proyectado con toda la fuerza hacia el mundo exterior, la inmensidad del espacio, el cielo, los colores de los árboles, la gran variedad de los peregrinos. Quería abarcar, tocar, apoderarse de todo de un solo. Pronto, al contrario, sintió la necesidad de recogerse en sí mismo; sentir el flujo de la transformación que le animaba. En ese instante vio su vida correr de un polo a otro de su existencia. Un polo le era conocido, o mejor

digamos, suponía que le era conocido pero, el otro polo, ¿dónde estaría? Cuando le vino la luz, volvió a escuchar la palabra: “Vete y lávate”; ya estaba limpio y brillante pero la palabra continuaba para actuar. ¿De quién era esta palabra? Entendió que la palabra era vida y esta vida extendía un puente entre sí mismo y su autor, el hablante. Desde que la palabra había provocado la revolución en su ser, no se había roto ese puente. La cadena que le sostenía en el aire, le hacía ver más allá de sí mismo, más alto que el nivel de las calles y de sus interlocutores.

Estaba enganchada a otro polo que no era él mismo: el hablante de la palabra. A Él no le veía; sólo captaba su presencia dentro de sí mismo como se capta una fuente que brota desde una roca. La fuente es invisible pero el agua cristalina sigue burbujeando, cada vez nueva y cada vez restauradora. Ya no podrá vivir, ni pensar, ni desear, sin ella, el tormento del deseo de ver la fuente empezó a crecer en él. Era preciso seguir la cadena, pasar el puente, llegar al otro extremo. Ya que entraste en mí y me diste un poder que me era extraño, muéstrame tu rostro. Nunca podría vivir sin tu presencia y el don que me diste, nunca se acabará. ¿Hasta donde podré ver? ¿Hasta qué clase de objetos o de mundos alcanzará mi visión? Me hiciste infeliz, porque mi destino será de buscarte. Quizás, sea el verte, el fin de mi existencia, el sueño de mis ojos.

El ciego vidente es ahora un vidente ciego, en quien el deseo de ver no se saciará y el afán del cambio no se enfriará. Quizás hoy empiece la búsqueda en la jornada sin ocaso, por el camino que va más allá de todos los horizontes. Ese polo desconocido, ese hablante silencioso ya está encarnado en mí, es parte de mí; está clavado en mi corazón. Te buscaré hasta que tu cara entre por mis ojos nuevos y te amaré. Esta nueva ceguera se veía más oscura que la primera y el deseo de ver, más apremiante. Con este nuevo mundo en el alma, el ciego sanado se ha regresado hacia el templo y se ha reinstalado en su lugar de observación, entre sus conocidos. ¿Cómo se me han abierto los ojos?

“Él respondió: Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: Vete a Siloé y lávate.” (Jn. 9, 11) Ya se la sabía de memoria. Estos escasos minutos que había vivido en la luz, estaban llenos de esta frase que se había repetido cien veces a sí mismo. Cada vez con el deseo de descubrir la secreta

virtud de esta fórmula, pero ésta siempre le remitía a la fuente desconocida, a ese alguien que pronunciaba palabras que transformaban la vida. “Yo fui, me lavé y vi.” (Jn. 9, 11) Parecía tan sencillo. No había secretos. El secreto estaba en este “yo vi” final, que había surgido de la nada. No podía explicar que la simple vista de los ojos no era lo único que había recibido. Ahora su mente vibraba, como nunca antes, al pensar en ese hombre que le había tocado y le había dado una orden. ¿A quién iba dirigida esa orden? ¿A él? El sólo había hecho un gesto rutinario, como lo hacía cada mañana al lavarse la cara. ¿Entonces a quién iba dirigida esa orden? ¿Al agua? ¿Quién puso esa fuerza en el agua? Todas sus preguntas terminaban ahí: Delante de ese “¿quién?”

Ellos le dijeron: “¿Dónde está ese?” Él respondió: “No lo sé”. No sabía ni quién era ni dónde estaba y nunca lo había visto. Sólo lo conocía como puede conocerlo un ciego, por el oído y el tacto. Había recibido la vista, pero a Él, el autor de la luz, lo había perdido. Sólo me quedó un nombre en la memoria, pero nada en mis ojos. Sólo una voz que resuena dentro de mí, pero nada en mi alma. Jesús es su nombre, hizo barro con la saliva, me dio algo de sí mismo, en mis ojos ciegos. ¿Quieren saber dónde está? ¿Y se lo preguntan a un ciego? Su nombre es Jesús; nadie me había hablado de Él. Surgió en mi oscuridad como una palabra. También conozco sus dedos sobre mis ojos cerrados, pero a Él no lo conozco. A veces hasta me pregunto si es real, o si fue un ángel del Altísimo. ¿No será un sueño? ¿Un delirio de mi mente? Estaba aquí, donde nos encontramos, en medio de nosotros y se ha ido, ha dejado un vacío en mi alma.

El ciego de nacimiento empezó a medir las consecuencias de la nueva situación. Ahora todo se veía diferente. Los que él creía amigos y antes le ayudaban, se habían vuelto desconfiados y extraños. Algunos acudieron a las autoridades para presentar el caso. “Llevan al que antes era ciego donde los fariseos.” (Jn. 9, 13) A pesar de haber vivido tan cerca del templo ese mundo de leyes, burocracia, prescripciones y órdenes, había estado lejos de él, nunca lo había rozado. Como todo el mundo le tenía un inexplicable temor. Había una sospecha de culpa que pesaba sobre él. Fue conducido a la presencia de personajes autoritarios que lo asediaban con preguntas. “Era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.” (Jn. 9, 14) ¿Era suya la culpa? Él percibía frialdad y

hostilidad en esas preguntas duras como cuchillos. Dentro de sí encerraba el calor de un amor, aunque ese amor no significara más que un nombre. No permitiría que lo atacaran, todo el resto lo podía tolerar. Ahora el interés de los inquisidores se centraba sobre el sábado. A ellos no les importaba nada que él rebosara de alegría por poder ver. Sólo les interesaba un detalle, tan secundario y exterior como el tiempo.

¿Lo condenarían sólo por haberse lavado? Tuvo que contestar a las preguntas de los fariseos y repetir lo mismo varias veces. La acusación recaía sobre su desconocido bienhechor. Empezó a percibir una angustia que invadía su alma. ¿Será que este Jesús le había engañado? ¿Le había hecho caer en una trampa sanándolo en sábado? ¿O si lo había hecho con toda la buena voluntad, entonces recaería sobre él la culpa? En ambos casos, la angustia lo atormentaba, no podría salir limpio frente a autoridades tan rigurosas. El ciego había estado mendigando todos los días, incluyendo los sábados y nadie le había molestado, ni cuestionado el día. Ahora sus interrogantes, acusaban a su divino bienhechor de haber violado el sábado. No ha trabajado, no ha caminado; ¿cómo pueden decir que ha violado el sábado? Buscaba por su cuenta razones para disculpar a Jesús. Daban, por supuesto, que realizar una obra de Dios fuera quebrantar un precepto del mismo Dios.

Algunos fariseos decían: Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Esta era la acusación formal: si no guarda el sábado no es de Dios. No había escapatoria. Sentía que la trampa se cerraba sobre él. ¿Recibiría un milagro de alguien que no era de Dios? ¿Un demonio? Estaba totalmente perdido pero, ¿cómo puede un pecador, repetían otros, realizar semejantes señales? Esto sí, le parecía más razonable, como lo había pensado de antemano; tal bondad sólo puede venir de Dios. El ciego comprobaba que cuando menos una parte de ellos razonaba como él mismo y se sentía apoyado por esos sabios. Era cierto: ¿Cómo puede un pecador realizar semejantes señales? ¿Estaría Dios en contradicción consigo mismo? Y no se ponían de acuerdo. Si ellos no lograban convencerse, Él si estaba bien seguro. Y lo demostró en la primera ocasión que se le ofreció.

Entonces le dicen otra vez al ciego: ¿Y qué dices tú de Él, ya que te ha abierto los ojos? Él respondió que es un profeta. La respuesta fue la única palabra que

según el vidente podía tener sentido pero se dio cuenta que a muchos les sonó como un insulto. Sus caras se pusieron tensas. Hasta empezaron a negar la realidad que hubiera estado ciego. Se dio cuenta que lo que ellos buscaban no era conocer la verdad, sino encontrar argumento para condenar a Jesús y tuvo más miedo. “No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego y hubiera llegado a ver hasta que llamaron a sus padres.” (Jn. 9, 18) Intentaron negar el hecho mismo. Este hombre impostor nunca había sido ciego. Así pudieron comprobar que había nacido ciego pero, en cuanto a testimoniar el milagro, ni sus padres se atrevieron. ¡Que él hable por sí mismo! El miedo era el sentimiento general frente a la autoridad. Nadie estaba dispuesto a aceptar que la santidad de Dios hubiera bajado a la altura de un ciego de nacimiento, un ser contaminado y pecador desde sus orígenes.

El vidente ciego entendió que la ruptura entre él y las autoridades se había cambiado de simple hostilidad en abierta lucha. ¿A quién acudiría él para salvar su conciencia? ¿Donde estaría Jesús en este momento, en que él, el pobre ciego, intentaba defender su santa acción? Se sintió más sólo que nunca, que cuando era todavía un no vidente. Le quedaba únicamente aquella cadena que sentía dentro de sí, para aferrarse al otro polo, a ese nombre de Jesús. Sólo un nombre para resistir a los asaltos pero, en su corazón, crecía el amor a ese desconocido que le había regalado una vida. Cuando menos, ahora podía mirar en la cara a sus adversarios y ver quiénes eran buenos y quiénes malos. El hombre sencillo no podía entender que no se le prestara atención al milagro. Y con su lógica natural trataba de explicarse ese odio solapado que vibraba dentro de sus acusaciones.

La posición estaba tomada: Él de un lado, con este misterioso Jesús que había desaparecido y en contra de todos los demás, para destruir esa imagen preciosa que él guardaba en su corazón. Lo llevaron por segunda vez al interrogatorio pero, esta vez, él se movía al ataque. Tenía dentro de sí una fuerza que podía resistir a toda la maldad de ellos. Ahora eran él y Jesús, contra todos. “Y le dijeron: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que este hombre es un pecador.” (Jn. 9, 24) Ya no era una actitud de diálogo, ni una invitación a creer, sino de imposición; no admitían discusión pero era tarde para que recibieran una silenciosa condescendencia. Al contrario, se encontraron con una lógica más

rigurosa y sería que la de ellos. La verdad estaba groseramente manipulada. ¿Qué pretendían? ¿Inducirle una ceguera intelectual?

Se aferró al hecho innegable que hablaba por sí mismo. “Si es un pecador, no lo sé; sólo sé una cosa, que era ciego y ahora veo.” La declaración era fácil de comprobar pero no se contentaron y volvieron a comenzar el interrogatorio, como si nada hubiera sucedido. ¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos? Sospechó que un nuevo engaño se escondía detrás de la aparente curiosidad. No era ya problema del conocer, sino de aceptación y de mala voluntad. Su calma y respeto lo abandonaban. “El replicó: Os lo he dicho ya y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez?” Sintió que esta verdad estallaba en el aire como un fuego y la aprovechó para pasar a la ironía. ¿Es que queréis también vosotros haceros discípulos suyos? No podía haberles infligido mayor herida. Ellos buscaban todo pretexto para matarlo. Esta no sería una novedad, porque ya habían asesinado a los antiguos profetas.

El vidente captó, con la sensibilidad penetrante de un ciego, que la ola de indignación había alcanzado su nivel de estallido. El estallido iría en contra de él, quién se había identificado con este Jesús, que apenas conocía por sus dedos y su palabra. El vidente comprendió que se había asociado con un profeta y ahora le esperaba la suerte de los profetas pero, en lugar de sentir miedo, él escuchaba dentro de sí, una voz callada que le daba paz y le hacía crecer una fuerza desconocida que le llenaba el alma. Y con toda calma, recibió las embestidas más groseras. “Ellos le llenaron de injurias y le dijeron: Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ese no sabemos de dónde es.” (Jn. 9, 28-29)

Esta vez no se quedó callado; no sabía de dónde le venían las palabras, pero algo dentro de él lo empujaba a seguir hablando y atacó la falta de lógica. Sus palabras eran como de maestro a alumnos. “Esto es lo extraño, que vosotros no sepáis de dónde es y qué me ha abierto a mí los ojos.” (Jn. 9, 30) Y continuó con su razonamiento, no sólo impecable, sino evidente: “Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas si uno es religioso y cumple su voluntad, a ese le escucha.” (Jn. 9, 31) ¿No era esto, lo que se enseñaba cada día en el templo? Sin que se percataran, el problema se había transformado. No era ya

cuestión de observar o no el sábado, sino de la santidad de Jesús. Aunque no se le nombrara, Él estaba siempre presente. El milagro de su palabra estaba a la vista de todos. El vidente quiso rematar su argumento, subrayando lo extraordinario del acontecimiento. “Jamás se ha oído que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento.” Esto era conocido pero, lo más hiriente, fue la colita que agregó a sus palabras: “Si este no viniera de Dios, no podría hacer nada.” (Jn. 9, 33)

Se refería directamente a Jesús. Y era la afirmación más ofensiva para los que le odiaban, puesta ahí como conclusión final de toda la historia, a la cual estarían obligados a acceder. Con esto, lo había dicho todo. Había proclamado la santidad de este hombre Jesús, que nunca había visto en su vida, pero que ya estaba clavado dentro de su alma con amor. Pero sabía también que se había ganado el odio de la Sinagoga. Es difícil discernir si el evangelista, en este debate de los versículos, sigue todavía relatando la historia de esta aventura o bien si está introduciendo en la boca del vidente, sus propias doctrinas teológicas. A los fines de la verdad no habría mayor diferencia. Lo dramático de este relato es escuchar a este simple fiel descubriendo la necesidad de creer en Jesús y defenderlo, cuando su propia gente busca cualquier posible detalle que lo condene.

Él sabe que este viene de Dios. La cadena que lo amarra a su corazón al otro polo, con toda evidencia se eleva hasta Dios. Con esto se ha pronunciado la palabra importante: Acoger a Dios o buscar un escape; abrir los ojos para verle o, bien, cerrar los ojos para permanecer en la oscuridad. “¿Tú nos vas a dar lecciones? Y le expulsaron.” Fuera de la Sinagoga se sentía como un réprobo, un excomulgado, sin religión ni derechos. Ahora, estaba completamente solo; viendo la verdad brillar como el sol, sin que nadie la aceptara. Su corazón, al contrario, no denunciaba ninguna ausencia. Alguien estaba presente dentro de él, alguien a quien por el cual se había expuesto al castigo y a la condena, sin saber más que su nombre. Haber nombrado el nombre de Dios frente a los fariseos y doctores de la ley, ya era suficiente razón para castigarle. Ellos pensaban que Dios era un dominio que les pertenecía.

Su Dios era un símbolo nacional, una imagen que se honraba con víctimas de bueyes, terneras y ovejas; no desafiaba la intimidad de los corazones; le

profesaban su absoluto respeto y ejercían la autoridad en su nombre. Para el vidente, Dios estaba necesariamente unido con Jesús, el hombre que le había regalado la vista y había transformado su alma. ¿Se arrepentirá? ¿Haber arriesgado su vida en contra de la máxima autoridad para defender a un desconocido? Pero Jesús ya no era un desconocido para él. El haberlo defendido con la mente y el alma iluminada le había hecho penetrar más a fondo en el misterio de su presencia. El puente establecido en su alma apuntaba directamente al cielo, aunque su extremo más elevado se perdiera en la luz, detrás de Jesús.

Entonces se acordó que le quedaba Dios, que el centro de todo buen israelita estaba en Él. Si Jesús estaba en conexión con Dios, su intuición le decía que lo encontraría allí. Y entró en el templo. Era la primera vez que podía traspasar esa puerta del templo, antes le estaba prohibida. Ya no lo impedía su ceguera. Con cierto temor superó las gradas que daban acceso al primer nivel; se internó en el gran espacio repleto de peregrinos, quienes oraban, quienes ofrecían víctimas y quienes se dirigían a las salas para escuchar a los maestros. Contemplaba el hermoso pórtico de columnas de mármol blanco de estilo helenístico que brillaban en el atardecer. Vio humear el altar de los holocaustos y brillar la enorme fachada de oro del lugar más santo. Ahí pudo calmar su espíritu que se había enardecido en la lucha y alabar a Dios con los salmos de David. Todavía vibraba en su alma la presencia de Jesús que él se había atrevido a defender en contra de las supremas autoridades. Todo estaba lleno de la presencia del Dios de Israel: el patio de los judíos y el más restringido y elevado de los sacerdotes donde se sacrificaban las víctimas. Este era realmente el centro material y espiritual de su nación: el lugar sagrado, donde la tierra deslindaba con el cielo. Ya no se sentía solo, porque esta presencia lo envolvía.

Jesús había estado oculto a esta alma generosa que se había entregado a Él, pero no la tenía descuidada. Sólo la había dejado un poco para que se desbordara en su amor. Ahora estaba digna del reino. Se había interesado por la larga inquisición a la que le habían sometido. Hasta enterarse del acto final: la expulsión de la Sinagoga. Jesús se enteró de que lo habían echado fuera. Ahora los dos estaban del mismo lado, ambos odiados y ambos perseguidos. Nada impedía que se le diera al ciego la verdadera fe, la fe en el Mesías salvador.

Es Jesús quien lo va a buscar por segunda vez. Y encontrándose con él le dijo: ¿Tú crees en el Hijo del hombre? Es Jesús quien vuelve a aparecerse en su vida. Ahora de carne y hueso, con su rostro visible y sus discípulos. Jesús sabía de la persecución por causa de Él.

El ciego lo contempló, podía observar su rostro; las manos que le habían tocado y ver más allá de la simple figura. Ya la visión de las cosas materiales le ha sido otorgada. Jesús es quien desarrolla en él la visión de las cosas más elevadas, las del espíritu. Oyó otra vez esa voz que se le había grabado en el alma y esta vez decía: “¿Tú crees en el Hijo del hombre?” No era una voz que el ciego vidente pudiera haber olvidado. Esta misma voz: “Lávate en Siloé” había estado resonando en él todo el tiempo, por esta larga jornada azarosa. Sobre el hilo de esta voz había tejido toda su defensa de Jesús y su milagro. Ahora la voz poseía también un rostro. El vidente escuchó la pregunta y, en seguida, entendió que este era Jesús. No le sorprendía el compromiso que encerraba esta frase: “el Hijo del hombre”. Estaba en la profecía de Daniel y se refería al Mesías. La figura blanca del Hijo del hombre era una dimensión de la divinidad misma. De este Dios que él había proclamado, asociándolo a Jesús.

El vidente estaba superando la primera sorpresa: poder ver a Jesús. Comprobó que su figura exterior coincidía con la que tenía grabada en su alma. Todavía le faltaba algo. Ahora sabía que Jesús no era un fantasma, ni un ángel y era la misma persona que se le había acercado sin que él le rogara y había hecho el barro con su saliva y la tierra. Eran demasiadas cosas al mismo tiempo. Recordó todo el odio que traslucía en la mirada de los fariseos y sacerdotes de la asamblea. Supo que su posición al lado de Jesús estaría firme para siempre y que la persecución hacia Jesús le implicaba también a él y que no habría descanso. Una cosa ignoraba todavía y la pregunta de Jesús le encaminaba directamente a la respuesta. ¿Hijo del hombre, Mesías y Jesús no serían la misma persona? ¿El que en la visión de Daniel estaba frente a Dios Padre?

Esta fe, que ahora en el vidente ciego alcanzaba la plenitud, era el coronamiento de una conquista. Jesús había educado el hombre hasta trasformarlo en un creyente, lo había transformado en un nuevo discípulo. Como un escultor experto, había tallado la piedra: golpe tras golpe, había dejado en él su propia

imagen. Sólo le faltaba este último paso: reconocer que este Jesús que se llamaba hijo del hombre era el Mesías y, como tal, Hijo de Dios. Del amor a Jesús al amor del Hijo del hombre sólo había un paso. “Él respondió: ¿Quién es Señor, para que yo crea en Él?” (Jn. 9, 36) El vidente ya no tenía reparos en llamarlo Señor. Jesús es ahora el Señor, con todo el derecho: Señor de su alma, de su amor, del inmenso deseo de conocerle y de seguirlo. Lo que tú digas, Señor, es la verdad. Como he deseado que estuvieras a mi lado, cuando los judíos se empeñaban en destruirte y negarte.

“Jesús le dijo: Le has visto; el que está hablando contigo... ese es.” No quedaba ninguna duda. Jesús es el Hijo del hombre y este es el Mesías. Su profesión de fe será de la fe en el Reino de Dios y en su Salvador, la misma fe de los apóstoles, de su madre y de las mujeres que le acompañaban. Era un pequeño grupo pero todos, como él, habían abandonado las cosas del mundo para unirse al Hijo de Dios. “Entonces dijo: creo, Señor. Y se postró ante Él.” Entendió la identidad de Jesús, el que le había sanado era el Hijo del hombre, el Mesías y el Hijo de Dios. Recibió esta identidad en su mente y en su alma. Ese hombre, delante de Él, lleva en sí el poder de Dios creador y de Dios el Salvador. Se postró ante Él reconociendo la presencia de Dios. Ni siquiera Pedro, cuando hizo su inspirada profesión de fe en el hijo de Dios, se puso de rodillas delante de Él. Sólo los discípulos en la barca, la noche del fantasma, llenos de temor se arrodillaron. Este lo hizo en pleno día, en el lugar más sagrado del mundo.

Jesús se había dado a él, personalmente, en plena intimidad, sin metáforas, sin parábolas, en un lenguaje llano y transparente que no dejaba dudas, del mismo modo que lo hará delante del sumo sacerdote y de Pilatos: “Yo soy”. Con esto alcanzó el nivel más elevado en su proceso de crecimiento: su nueva mirada era la de la fe. Se había arrodillado delante de Jesús, porque era Dios. En el centro del templo sagrado de Jerusalén, adorar a Jesús, podía parecer un enorme sacrilegio, pero Jesús era el centro del centro, era el mismo Dios. Lo vieron los discípulos, lo vio María su madre, con las mujeres que estaban con ella. Vieron a ese hombre desconocido arrodillado delante de Jesús, adorarlo como Dios, en el medio del templo y se estremecieron y el pánico se apoderó de ellos. Ahora todo estaba al descubierto. No habría defensa por ninguna parte; el peligro era de muerte. La presencia del Hijo de Dios en el templo de

Jerusalén, significaba la continuidad con el pasado y la novedad de la revelación. Hasta allí había llegado la antigua alianza y ahí empezaba la nueva.

Solamente dos veces Jesús descubrió gratuitamente su ser, cara a cara, de persona a persona, exponiendo su identidad divina a la samaritana y a ese ciego. En ambos casos renuncia a palabras difíciles y misteriosas y declara llanamente: “El que está hablando contigo, ese es.” Lo cual equivalía a decir: Soy el Mesías, Hijo de Dios. En ambos casos estaba seguro que había roto las barreras de la duda y el alma estaba dispuesta a creer. En ambos casos ganó un nuevo creyente y discípulo; en ambos casos dieron testimonio de Él. Estos dos casos particulares se vuelven hoy modelo para todas las almas que estén en búsqueda, desde la oscuridad de la duda. En ambos casos, Jesús lo proclama delante de sus discípulos y delante del mundo. “He venido a este mundo para un juicio, para que los que no ven, vean y los que ven, se vuelvan ciegos.” (Jn. 9, 39)

La fe del ciego, como la de la samaritana, han sido personalizadas, centradas en la divinidad de su ser y de su misión. La paradoja inicial, de ser lo mismo o ser diferente, se hace efectiva como evolución o, bien, como involución. En el paralítico de Betzató es más una involución hacia el egoísmo y la indiferencia; en la samaritana y el ciego florece en una entrega total. Los que se contentan con la limitada visión de su particular entendimiento, poseen un don que no valoran ni reconocen y en lugar de adquirir penetración en los misterios del Verbo, se pierden y terminan totalmente ciegos, física y espiritualmente. En cambio, quienes reconozcan su enfermedad y se dejen guiar, crecerán interiormente y su visión alcanzará la intimidad del misterio. Jesús es el término obligado de referencia. La acogida de su presencia parte de la docilidad a sus manos y a su voz. Penetra hasta el interior de nuestros pensamientos y se apodera de nuestro ser, un ser que ya no me pertenece. Alma y corazón quedan alienados porque su presencia es absorbente. Me expongo a riesgos, porque él es perseguido.

Podré decir: “¿Señor, que yo soy el mismo cuando Tú lo eres todo en mí?” Haz que la evolución del ciego sea un modelo para mí. Reconocerte como hombre y como gracia del Padre es encontrar en Ti la divinidad que adoro y encontrar la identidad que me niega como yo mismo y me afirma como el discípulo que tú amas.